



La madera.

Antiguamente, las islas estuvieron cubiertas

de un espeso manto vegetal, hoy considerablemente mermado y en algunos casos, irrecuperable.

Las peculiaridades botánicas canarias y, en último término, macaronésicas (propias también de las islas *felices* portuguesas: Azores y Madeira; y del archipiélago de Cabo Verde), abastecieron durante siglos a

sus habitantes de maderas nobles y de extremada dureza para

sus armas, aperos, telares, lagares, barcos y viviendas. Árboles y arbustos como el *barbusano*, el cedro, el *viñátigo*, el *loro* o el *til*, pertenecientes a la laurisilva –bosque relictos de lauráceas–, o como el brezo, el pino, la sabina y tantos otros, aportaron sus cualidades al servicio de la comunidad desde tiempos prehistóricos. Hoy, las talas indiscriminadas y los incendios provocados por la especulación urbanística, agraria y maderera, han producido un enorme retroceso del bosque primigenio. En Tenerife, sólo algunas regiones del macizo de Anaga y de Teno conservan manchas de laurisilva, ese bosque húmedo y espeso favorecido por los vientos alisios, reliquia del Terciario. En pisos medios y montanos se mantienen extensiones relativamente importantes de pino canario (*Pinus canariensis*), mientras que fayas (*Myrica faya*) y brezos (*Erica arborea*) colonizan las zonas de transición y las áreas de bosque degradado. Algunos barrancos a salvo de la presión humana, como el de Masca o el de Taganana, albergan los últimos ejemplares de palmera canaria (*Phoenix canariensis*), tan elegante como solicitada para determinados tejidos vegetales.

Pero puede que el árbol más emblemático de las islas Canarias sea el drago (*Dracaena draco*), cuya globulosa y rechoncha presencia aún surca horizontes y adorna jardines y parques. Esta especie de drago –ya que no única, pues existen otras en la selva amazónica y en algunos lugares de Oriente– se ha aclimatado con éxito en las islas Azores y en el Magreb, si bien apenas consta entre los árboles maderables de uso tradicional.

La savia –llamada sangre de drago– de este árbol enigmático gozó desde la Edad Media de gran prestigio debido a las propiedades místicas, bromatológicas y tintóreas que se le atribuían. Lo mismo que el mítico árbol Garoé de la isla de El Hierro, que destilaba el agua necesaria para abastecer a sus habitantes (en realidad, sus hojas condensaban abundante rocío), el drago vino a engrosar las le-

En la página anterior, árboles pertenecientes a la laurisilva, bosque de lauráceas en el macizo de Anaga, al noreste. El drago, a la derecha el de Icod de los Vinos, siempre fue muy apreciado por su savia. En la panorámica se puede contemplar el pinar que cubre una buena parte de la isla.

yendas locales tinerfeñas, ya de por sí suficientemente abultadas con historias de aborígenes heroicos y gallardos. El famoso drago de La Orotava, abatido por un huracán en 1867, tenía, a decir del explorador Alexander von Humbolt –autor de una célebre ascensión al Teide–, más de seis mil años y, según Lindley y Moore en su *Treasury of Botany*, era más antiguo que las mismísimas pirámides de Egipto. Lo cierto es que el drago es un árbol en extremo longevo acerca de cuya edad, no obstante, se suele exagerar. Así, el conocido drago *milenario* de Icod de los Vinos, uno de los principales reclamos turísticos de la isla, no tendría, según los expertos, más de setecientos años, lo cual no está mal tampoco.

El *Croton lechleri* de la cuenca amazónica es muy valorado a causa de su savia, llamada también sangre de drago, lo mismo que el *Dracaena cinnabari* de la isla de Suqutra, en Yemen, cuya *sangre* aún se utiliza como cicatrizante. Muy apreciada por alquimistas y médicos medievales, la sangre de drago ya aparecía



Hoy las talas indiscriminadas y los incendios han mermado considerablemente el bosque primigenio



en los tratados de farmacopea de al-Andalus, como lo atestiguan varias recetas del toledano del siglo XI Ibn Wafid en su *Libro de la Almohada*. Lo que no se sabe con precisión es si se trata del drago canario o del yemení, lo cual parece más probable.

Riqueza botánica. El investigador francés del siglo XIX René Verneau describe con no poca admiración los árboles que vio en el macizo de Anaga, al noreste de la isla; sin duda, ejemplares privilegiados de bosque maduro, tan difíciles hoy de contemplar. “Es, seguramente, una de las cosas más bellas que he visto en el archipiélago. Laureles, brezos arborescentes, mocanes, *viñátigos* (*Persea indica*), madroños y cien especies más forman una cúpula que no atraviesan nunca los rayos del sol. ¡Y qué árboles! Los madroños alcanzan 20 metros de altura; con su tronco se hacen muebles muy buenos. Los laureles los sobrepasan en altura. Medí uno, cuyo tronco tenía nueve metros de circunferen-



cia”⁽¹⁾. Sin embargo, Verneau advertía de las talas que por entonces ya asolaban los bosques canarios sin ningún escrúpulo.

Otra de las maderas más estimadas en carpintería era el palo blanco (*Picconia excelsa*), que se usaba en marquetería y ebanistería. No hay que confundirlo, sin embargo, con la leña blanca, un arbusto que crece en las comunidades de euforbias. “La mejor para el fuego. Da mucho calor. Arde verde y mojada. No echa humo. Por eso se empleó también para alumbrarse, haciendo un montoncito de palitos sobre una lata y darle fuego. Años atrás había matas grandísimas, pero hoy no se ven de aquel tamaño, aunque sigue habiéndolas. La comen las cabras.”⁽²⁾. De esta descripción, tomada literalmente de un campesino por Luis Diego Cuscoy en un trabajo de etnobotánica realizado en 1979, también se desprende que una de las causas del retroceso del manto vegetal se debe al sobrepasto.

Actualmente protegidas –por fin– algunas de éstas y otras especies, sólo pueden ser empleadas hoy en día con permisos especiales de la Viceconsejería de Medio Ambiente, tras las podas o limpiezas preceptivas. Los artesanos comprenden estas restricciones y son los primeros en estar de acuerdo con ellas; pero, qué duda cabe, esto no siempre facilita su labor.

Los guanches usaban tablones de sabina (*Juniperus canariensis*) y tea de pino canario para realizar una especie de parihuelas conocidas como *chajascos* sobre las que colocar a sus difuntos en los recintos funerarios. Parece quedar constancia de aquellas parihuelas en las camillas de madera utilizadas hasta hace poco para transportar a los cadáveres a través de valles y barrancos, con el fin de enterrarlos en el lugar apropiado. Así, los habitantes de Teno Alto –caserío aislado del noroeste de Tenerife– descendían a lo largo del inquietante barranco de Bujamé con sus muertos a cuestras para darles sepultura en Buenavista. Todo un ejercicio de temeridad, fuerza y agilidad. Una piedra situada en un alto del camino sirve de referente y es conocida como el Descansadero de los Muertos.

Se cree, aunque no está del todo probado, que sólo los grandes ejemplares de pino canario se *atean*, proporcionando a la madera un alto contenido en resina y un grado de dureza que hace que siempre continúe viva, evitando la carcoma y

Juan José Armas, de
La Victoria de Acentejo,
tallando una pieza de
estilo barroco en
madera.

El palo blanco, la sabina y la tea de pino canario son algunas de las maderas más apreciadas

la polilla. Tan resistente es el pino canario que es el único de su género que vuelve a brotar tras los incendios. En el lenguaje popular se dice que una persona está *ateada* cuando está seca y dura como la tea; y *en la tea*, cuando está flaca y macilenta, es decir, en las últimas.

Según el historiador Abreu Galindo, las lanzas que utilizaban los guanches eran también de madera; las "...llamaban *añepa*; y eran tan diestros y ciertos en el tirar, que no erraban a cosa que tiraban" ⁽³⁾. Tenían, a decir de este mismo autor, especialistas en este oficio. La lanza, astia, asta o lata –en cada isla recibe un nombre distinto– es una herramienta de origen guanche que todavía se utiliza en La Gomera, La Palma y Gran Canaria para descender por los barrancos y salvar los cultivos en bancales escalonados, saltando de uno a otro. Su uso también se ha recuperado en fiestas, exhibiciones y deportes autóctonos. Fabricada con un palo de *aceviño*, pino, *barbusano* o brezo, y terminada en un regatón o punta de hierro para clavarse en la tierra, así la describía la viajera del siglo XIX Olivia



La carpintería mayor conoció un gran desarrollo desde el siglo XVII, como lo demuestran los artesanos

M. Stone: “Un cabrero está sentado en una roca que sobresale por encima del precipicio, con su larga pértiga en una mano y la barbilla descansando sobre las rodillas, mientras mira con ensoñación hacia el mar. Probablemente algún guanche mirase así muchas veces antes de la llegada de los crueles invasores”⁽⁴⁾.

Carpintería rural, urbana y de ribera. A lo largo de los siglos, la madera cubrió parte de las necesidades más primarias de la población rural. Tuvo un uso destacado como combustible y en la construcción; pero también se reveló imprescindible en la fabricación de aperos. Hoy, los aperos de labranza han caído en desuso, aunque todavía son numerosos los artesanos que saben cómo hacer una bielda, un trillo, un arado, una horca, una pala o el cabo de un cuchillo, a pesar de que estos elementos ya sólo forman parte de la estética propia de la nostalgia rural. Muchos de los herreros más afamados saben tallar madera y son artífices de sus propias herramientas. Así, Belio Acosta, herrero que vive en Tacoronte, o Simeón Luis Mesa, de San Juan de La Rambla, dominan ambas materias, el metal y la madera, sin aparente dificultad.

En un *Boletín Oficial de la Provincia de Canarias* de 1915, que recoge el aprovechamiento forestal en distintos municipios de Tenerife, se puede apreciar la importancia de la explotación maderera con fines agrícolas. Tomando La Laguna como ejemplo, aparece: “...100 estéreos de leña por limpia en todo el monte. 100íd. Para carboneo en “Las Hiedras”. 100 timones para arados (apero). 100 cabezas para íd. (íd). 500 docenas horquetas para viñas. 100 latones de aceviño. 30 haces varas follado para cestas. 50 estéreos ^(a) rama verde para festividades”.

La madera era también básica en la industria vinícola tradicional, tan arraigada en todas las islas. Además de ser usada para los propios lagares, se utilizaba en la fabricación de recipientes y toneles. Éstos, que a veces se hacían de tea, proporcionaban un vino llamado *ateado*, de aroma muy peculiar. Aunque, a decir del viajero inglés del siglo XVIII George Glas, no sólo el vino se conservaba en barricas y recipientes de madera: “El agua que beben (en Santa Cruz) es traída en cubas abiertas de madera o caños, a la ciudad, de un manantial situado más allá de la citada caverna o valle”⁽⁵⁾. Casi todos los ingenios hidráulicos se construían en madera. En el recorrido que el viajero André-Pierre Ledru realizó por Tenerife en 1796, describe la conducción de las aguas en numerosas poblaciones: “En las ciudades las fuentes públicas son abastecidas por acueductos de madera, de una construcción grosera y poco sólida. El de Santa Cruz de Tenerife tiene su punto de partida cerca

A la izquierda, ventana con carpintería de madera, perteneciente a una casa solariega de La Orotava. Junto a estas líneas, rincón del patio del Centro de Documentación e Investigación de la Artesanía de España y América, en La Orotava, con espléndida galería acristalada.

de un manantial situado en la cima de las montañas...”. El agua que se precipitaba por los barrancos se canalizaba a través de un conducto de piedra, que se empalmaba con otro de madera. “Imagínese”, prosigue el mismo autor, “una larga sucesión de vigas de pino, ahuecadas en forma de canalones, apoyadas unas sobre otras en sus extremos. A su vez, estas vigas están apoyadas sobre otras perpendiculares, fijadas en las grietas de los peñascos, y cuyas alturas son proporcionales a la profundidad desigual del barranco” ⁽⁶⁾. Debía ser un espectáculo aquellos acueductos de madera taladrando las honduras de las montañas.

La madera, por lo demás, era de enorme utilidad en todo lo relacionado con el telar y sus piezas complementarias: husos, ruecas, lanzaderas y devanaderas, tan necesarias para la industria textil que floreció en Tenerife durante los siglos XVII y XVIII. Entre las piezas características del mobiliario, aún frecuentes en algunas casas, destacaba el mueble para la destiladera, una pila de piedra porosa que servía para filtrar el agua. También, las sillas *victorieras*, los arcones y los barqueños. Estos a veces alcanzaban un refinamiento notable, como todavía se puede apreciar en los que Antonio Giménez, experto taraceador, realiza en su taller de La Laguna.

La cocina era a menudo la estancia principal de las viviendas rurales. Y si no la principal, sí al menos las más frecuentada y acogedora. Junto a la lumbre y las ollas de barro se amontonaban cucharas y cazos de brezo, almudes y fanegas de tea para medir grano, cajas para el molino de gofio, pinzas para coger higos picos, queseras y vistosos morteros de moral como los que todavía realiza con primor Horacio Fumero, de Icod el Alto.

La carpintería mayor conoció un gran desarrollo en la isla a partir del siglo XVII. No hay más que ver los espléndidos balcones y balaustradas de las casas solariegas de La Orotava o La Laguna para convencerse. Artesonados, celosías, contraventanas finamente talladas, puertas, gárgolas, aleros y un sinfín de piezas constructivas más, forman parte de la arquitectura tinerfeña más elegante, en especial del siglo XVIII. Entre las influencias ornamentales que se detectan en estos trabajos sobresalen las gótico-renacentistas y mudéjares. Al arquitecto francés Adolphe Coquet, que visitó la isla en 1882, debieron de llamarle poderosamente la atención los artesonados de estilo mudéjar de las viviendas de La Orotava. “Como en todos los países cálidos”, dice, “las salas son espaciosas y altas, emblanquecidas con cal y sin colgaduras. En La Orotava el techo sigue la pendiente del tejado y parece, por encima de la cabeza, una nave invertida. Es el sistema de

los árabes, es su arquitectura, encontrándola hasta en el ajuste ingenioso de las puertas, en los trabajos de compartimentos hábilmente combinados” (7).

El estilo barroco se aprecia sobre todo en la talla y la imaginería religiosa, otra importante manifestación artística. Perpetuando esta tradición, Juan José Armas, tallista de La Victoria, y Antonio Giménez, de La Laguna, realizan en la actualidad hermosos trabajos en madera y escultura sacra, respectivamente. Ambos pertenecen a la escuela granadina –una de las mejores de cuantas existen- y reproducen distintas piezas de características renacentistas y barrocas. Aunque, según Juan José, en Canarias estos estilos son “muy sencillitos; copian la tendencia del popular canario, que ha cogido mucho del mudéjar porque es más sencillo, más lineal”.

Y, volviendo a la carpintería, no hay que olvidar la de ribera, dedicada a la construcción y reparación de las embarcaciones tradicionales de pesca, que aún se pueden contemplar en algunos puertos tinerfeños. Los Sánchez Hernández perte-

Abajo, trillo, yugo, arado y otros aperos de labranza en miniatura realizados por Horacio Fumero, de Los Realejos. A la derecha, herramientas empleadas por Ángel Miguel Sánchez, carpintero de ribera, en su trabajo.



Hasta hace poco la madera ha sido imprescindible para la fabricación de trillos, arados, yugos, horcas y palas

necen a una estirpe de carpinteros brillantes. Instalados en la playa de Alcalá, Los Gigantes, son cuatro, nada menos, los hermanos dedicados a esta tarea. Aprendieron de su padre, Ángel Sánchez Plasencia. “Llevar de carpinteros desde que tenían 15 años, les enseñé y les di oficio”, asegura; “la profesión mía fue de naturaleza. Me gustaba ver trabajar a esos mayores y la cogí”. Hoy, Ángel está retirado, pero sus hijos perpetúan su trabajo fabricando barcos de pesca para atunes y albacoras que alcanzan los 17 metros de eslora. También, barcos de recreo, veleros, barquitas de cuatro o cinco metros para pescar viejas, *pescado de orilla* y lo que se tercie. Hasta barcos de fibra que, según Hortensia, su madre, “llevan *gabina* y son más livianos”. Pura maravilla constructiva en la que los Sánchez Hernández realizan todo el proceso: desde fabricar la quilla, el costillar, el entablado y el calafateado, hasta pintar la embarcación e instalar la cabina y el motor.

Aparte de esto, el uso de madera se limita, prácticamente, a la fabricación de muebles artesanales, como los realizados por Adolfo Hernández y José Antonio Rodríguez, de La Guancha, y piezas con fines estéticos como cofres para joyas, cajas de puros, marcos o espejos. Todavía se encuentran juguetes artesanales he-



chos con mimo y simplicidad, y miniaturas que reproducen objetos propios de una vida rural cada vez más industrializada. Pese a las restricciones que existen sobre la explotación maderera, aún son numerosos los ebanistas y tallistas capaces de realizar desde la más sencilla cuchara de palo, hasta el bargueño más refinado o la talla eclesiástica más cándida y primorosa.

Muebles clásicos. En un amplio taller lleno de luz en Las Candelas, barrio del municipio de La Orotava, trabajan Adolfo Hernández Hernández y José Antonio Rodríguez Reyes. Son ebanistas, de los que ya quedan pocos, y reivindican las cosas bien hechas. Todo está en orden y en el ambiente reina tranquilidad y amor por el oficio. De fondo, tras el sonido metálico de sierras y lijadoras, música clásica para inspirarse y aplacar ánimos.

Hacen muebles clásicos de estilo inglés, “aunque realmente son canarios, porque llevamos mucho tiempo utilizándolos; también los hay de estilo francés”, explica Adolfo. Aquí, como siempre, la polémica está servida: habría que preguntarse qué es lo realmente canario. Aparte de lo genuinamente indígena, marcado por la impronta africano bereber, todas las artes insulares son fruto de un rico y complejo maridaje entre distintos elementos europeos. José Antonio y Adolfo aseguran que en el siglo XIX los ingleses intercambiaban muebles por malvasía, ese vino dulce y profundo que tanto alabaron los literatos y aventureros anglosajones. Añaden que a los estilos que aplican a sus muebles hay que agregar “el portugués o salomónico”. También uno que ellos llaman “colonial canario” e incluye decoraciones de piñas y llamas talladas. No son puristas en cuanto a formas y estilos, y los modifican a gusto del consumidor. De esta manera, no tienen inconveniente en combinar en un mismo mueble un elemento inglés, con uno Luis XIV, Luis XV o Luis XVI.

Sea lo que fuere, el resultado es una producción cuidada en extremo, de gran calidad y hecha con métodos manuales, de los de toda la vida. Artesanal, en suma. Aquí se dan cita todos los procesos necesarios para la fabricación de un mueble: talla, ebanistería, barnizado y tapizado, lo cual no es frecuente, debido a la cada vez mayor especialización y segregación de los oficios.

Ángel Miguel Sánchez Hernández, trabajando en la fabricación de un barco en la playa de Alcalá.

“Mis hijos llevan de carpinteros de ribera desde chicos; les enseñé y les di oficio”, dice Ángel Sánchez Plasencia

“Esto no se improvisa, hay que empezar de pequeñito. Nosotros nos fijamos en los estilos por los libros. De tanto fijarnos, se nos va quedando algo. El oficio va desapareciendo porque no hay chicos que quieran continuar”, se lamentan. “No vienen por aprender sino por ver lo que ganan y salir a las cinco en vez de a las seis; les da igual trabajar en lo que sea, y esto le tiene que nacer a uno”.

Los muebles son casi todos de caoba: cómodas, camas, armarios, tresillos y sillones; mesas de todas clases. También trabajan el cedro de Brasil, una madera dura y aromática que, debido a la excesiva tala a que está sometida, se va a dejar de exportar en breve. El barnizado —brillante o satinado— se hace a pistola mediante un complejo proceso; pero antes, la madera se tiñe con goma laca a muñequilla. “El tapizado es como el de antiguamente, con muelles y crin (fibra vegetal). Primero está la cincha de tela, después el muelle se va amarrando a la cincha para que no se *ruede* [deslice]; luego se amarra el muelle por encima, se le pone un saco, crin, otro saco, se embasta —sujetando el crin entre los sacos— y se hace el burlete. Hoy ya no se trabaja así”, subraya José Antonio; “hoy se hacen cinchas de goma, y dentro va goma espuma”.

El acabado de los muebles es asombroso, y ello se explica cuando se analiza la minuciosidad del trabajo. A modo de ejemplo, baste decir que el frente, el costado y la parte trasera de la gaveta (así le llaman aquí al cajón) están realizados con malletes de madera, sin un solo clavo. Para todo se emplea la madera —a veces incluso maciza—, sin chapa prefabricada. Por algo, Adolfo comenzó desde que era un niño en el taller de Isabelino Martín, en La Orotava, lo mismo que José Antonio, nacido en 1941, que lleva practicando el oficio desde los nueve años. La profesionalidad y el buen hacer no se improvisan. Hoy, el sueño de ambos es abarcar una producción mayor destinada a la exportación; pero eso requiere una gran inversión en infraestructura, materiales y mano de obra que por sí mismos, sin ayudas, no pueden aún costearse.



Adolfo Hernández y José Antonio Rodríguez reivindican las cosas bien hechas. En su taller se dan cita talla, ebanistería y tapizado